ENRIQUE SERPA Y FERNANDO G. CAMPOAMOR, *Recordación de Hernández Catá*.—La Habana, Imp. "La Verónica", 1943. 32 pp.

Luciendo la finísima presentación gráfica de todas las ediciones de "La Verónica", este pequeño libro reúne dos trabajos interesantísimos acerca del gran cubano fallecido en un accidente de aviación, en Río de Janeiro, en 1940.

En el primer capítulo, Enrique Serpa estudia a Catá como cuentista, señalando que "su prosa de aspecto fácil, siempre diáfana, encantadora de claridad, está llena de resistencias vencidas, de fatigas superadas, de fervores insomnes, de aprendizajes sin términos, para ofrecer el milagro de que la obra terca, devota, agoniosamente elaborada parezca de repentina improvisación".

Fernando G. Campoamor, uno de los jóvenes escritores cubanos de mayor valía, estudia a continuación a Hernández Catá en una radiografía espiritual muy nítida, acentuando que su gran compatriota fué "un vencedor modelo, sabedor de que la vida es un constante morir, eliminación de órganos y renovar de células, y que ardía siempre con fiebre de buen artista".

GASTÓN FIGUEIRA,
Montevideo.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO, *En el viejo Almendral*.—Santiago de Chile, Ediciones "Orbe", 1943. 650 pp.

No únicamente se levantan macizas novelas en la ciudad de las letras. Memorias y graciosas crónicas aladas decoran también su orografía.

He leído el último volumen mestizo —novela, cronicón, libro de memorias— de don Joaquín Edwards Bello, el novelista urbano de Chile. Lo titula *En el viejo Almendral*. Traza en sus páginas el recuento de una vida, la historia de una generación. El voluminoso libro ha salido por el mundo precintado con la magia del Premio Nacional de Literatura. Un homenaje legítimo al animador de *El roto*, que enriqueció la literatura americana con el análisis espectral de *Valparaíso, ciudad del viento*.

En las páginas —colmadas de observaciones agudas— de *En el viejo Almendral* hay una galería de retratos: Perpetua, la criada humilde y fiel,